CENTRO EDITORIAL DE OBRAS ILUSTRADAS.—MADRID.

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE,

NOVELA DE COSTUMBRES,

su autor

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TIRADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47 y 48.

MADRID.

JOSÉ ASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de las Hileras, núm. 14.

1872.

Cuaderno séptimo de ocho entregas.

L47
2223

EL MANUSCRITO

DE

UNA MADRE.

NOVELA DE COSTUMBRES,

POR

ENRIQUE PEREZ ESCRICH.

ILUSTRADA CON LÁMINAS TRAZADAS APARTE Y DIBUJADAS

POR

D. Eusebio Planas.

Entregas 41, 42, 43, 44, 45, 46, 47 y 48.

MADRID

JOSÉ JASTORT Y COMPAÑÍA, EDITORES.

Calle de los Reyes núm. 1 A.

1872.

Cuaderno séptimo de ocho entregas.

—¿Tienes dificultad en esplicarme el cambio mágico de tu posicion?

—Ninguna.

—Entonces habla pronto. Dime qué hada misteriosa se ha presentado en tu camino para llevar á cabo tan estraña metamórfosis.

—No es hada.

—Pues ¿quién es entonces?

—Un hombre generoso.

—¡Ah! ¡Un hombre!

—De quien no esperaba nada y lo he encontrado todo.

—¿Sabes que lo que me estás diciendo promueve en mí un interés superlativo?

—¡Ya lo creo! Lo que hoy me ha sucedido podria llamarse, sin miedo de que se me tachara de exagerado, sobrenatural. Figúrense ustedes por un momento, que al salir triste y desesperado de casa del general Lostan, me dirigí á la ventura por esas calles de Dios, pensando que mi buena madre habia sido demasiado crédula confiando en la generosidad de los hombres. Durante algunas horas, ni yo mismo podria esplicarme lo que hice ni por dónde iba, solo recuerdo que á la caida de la tarde me encontré en la Puerta del Sol, y haciendo uno de esos esfuerzos que solo se comprenden cuando se han perdido la fe y la esperanza, me resolví á apurar el segundo martirio, es decir, á presentar la carta número dos que mi madre me habia dado, recomendándome al conde de la Fé.

—¿El conde de la Fé?—repitió Julio haciendo un gesto de disgusto.

—¡Ah! verdaderamente es inverosímil todo lo que me ha sucedido,—añadió Daniel,—pues cuando esperaba que el conde me recibiera con frialdad, quedé agradablemente sorprendido viendo que sucedia lo contrario.

—¿Pero qué es lo que ha hecho ese hombre por tí que tanto te admira, y que tan lisonjeras palabras de agradecimiento le diriges?—esclamó Julio.

—En primer lugar me cede una de las mejores habitaciones de su casa y un asiento en su mesa, luego ha puesto á mi disposicion un carruaje y un caballo de silla, y por último, para mis gastos de soltero, me ha señalado cuatro mil reales todos los meses.

Doña Amparo y sus hijos miraron con asombro á Daniel.

—¡Pero es eso posible!—dijo doña Amparo.—¿Conocia usted al conde?

—No, señora, le he visto hoy por la primera vez de mi vida.

—Debe ser un hombre muy generoso,—añadió Blanca tomando parte en la conversacion, interesada vivamente con aquella aventura de las Mil y una noches, que les contaba el amigo de su hermano.

—Al contrario, querida Blanca,—repuso Julio precipitadamente,—el conde de la Fé tiene fama de escéptico, de egoista, de descreido. Además, he oido decir que es un hombre de corazon gastado, y otras muchas cosas que omito por no creer oportuno decirlas en este momento.

—Entonces no me esplico su conducta para conmigo,—dijo Daniel saliendo á la defensa de su protector.

—Sí... efectivamente, es muy estraño, pero quién sabe si ha cambiado de modo de ser,—repuso Julio.—El arrepentimiento llama tarde ó temprano á las puertas del corazon, y bien puede decirse que tu presencia ha causado gran efecto al noble conde de la Fé.

—Sea como quiera, es lo cierto, querido Julio, que mi situacion ha cambiado de un modo fabuloso. Esta mañana, tú lo sabes muy bien, yo no tenia, como familiarmente se dice, á dónde caerme muerto, y esta noche soy rico; tendré un palacio por morada y una renta de cuarenta y ocho mil reales para mis gastos de soltero. ¡Ah! preciso es confesar que si mi buena madre estuvo un poco confiada al recomendarme al general Lostan, no le sucedió lo mismo tratándose del conde de la Fé.

Y Daniel, fijando una mirada en su amigo Julio, añadió sonriéndose:

—Creo que será inútil decirte que mi carruaje, mi caballo de silla y mi renta están á tu disposicion.

—Desgraciadamente los empleos en España son poco estables, un cambio de ministerio, cosa muy frecuente en este país, deja cesantes á miles de individuos, y nada tendrá de particular que á mí me remitan el cese bajo un sobre el dia menos pensado.

—Cuando eso suceda, no olvides que yo he sido y sigo siendo tu primer amigo, tu hermano de corazon. Solo tengo una exigencia.

—Que yo complaceré en cuanto te dignes esplicármela,—contestó Julio.

—Soy un huérfano que acaba de sufrir la mayor y mas irreparable de todas las pérdidas,—contestó Daniel dando á su acento una espresion de sentimiento bastante marcada.—Yo comprendo que el vacío que siento en mi corazon no lo llenará nunca el conde de la Fé, por mas generoso que sea conmigo; necesito, pues, una familia, una madre, una mujer cariñosa que me llame hijo, que me quiera y me reprenda cuando cometa alguna tontería propia de la juventud, y espero que doña Amparo permitirá que la llame madre, y Blanca no se ofenderá llamándome hermano.

Daniel pronunció estas palabras de un modo tan dulce, tan sentido, que Blanca sintió que penetraban en su corazon estremeciendo su alma.

—Pues si en eso consiste la felicidad de usted, yo seré su madre y le daré el dulce nombre de hijo.

Y doña Amparo tendió una mano al huérfano, que éste besó respetuosamente.

—Desde este instante te contamos como de la familia,—esclamó Julio.—¿No es verdad, Blanca, que admites por hermano á Daniel?

—Ya lo creo, puesto que mi madre le va á llamar hijo, yo debo ser su hermana.

Y las mejillas de la candorosa Blanca se tiñeron de purísimo carmin.

—Queda pues Daniel admitido en la familia,—repuso Julio,—y por consiguiente se le hablará de tú desde este

momento, y usted, madre mia, tendrá derecho á reconvenirle cuando convenga, lo mismo que Blanca y yo, que somos sus hermanos adoptivos, y como entre la familia debe reinar la franqueza, comenzaré por decirle que han sonado las nueve de la noche, y que estamos citados para las diez en casa de la señorita Clotilde de Lostan, en donde mi hermana tiene que ensayar el *Ave-María* de Gounod.

—Entonces es muy justo que yo me retire,—repuso Daniel levantándose.

—Chico, nuestra protectora es una gran partidaria de la música, y como precisamente á mi hermana Blanca le sucede lo mismo, se pasan el tiempo ensayando piezas de piano y órgano, para que luego las aplaudan en las reuniones: pero tú, jóven, rico y protegido por uno de los nobles mas rancios de Madrid, no dejarás tambien de acudir á los salones de la aristocracia.

—Y aplaudiré á mi hermana adoptiva y á la hermosa hija del general Lostan, aunque no me sea muy simpático su padre. Pero no quiero detener á ustedes mas tiempo. Hasta mañana, madre mia.

Daniel estrechó la mano de doña Amparo, la de Blanca y la de Julio, y salió de la modesta habitacion de la nueva familia.

CAPÍTULO IX.

Dios los cria.....

Volvamos á encontrar en su gabinete al conde de la Fé.

Cuando salió Daniel, el conde se quedó inmóvil, meditabundo, durante algunos momentos.

Era indudable que alguna idea le preocupaba, que le absorbia un pensamiento, porque mas que un hombre por cuyas venas circula el fuego de la vida, parecia una estátua de mármol.

Por fin, su fria y pálida fisonomía se fué oscureciendo, brillaron sus ojos de un modo siniestro y una sonrisa digna de Mefistófeles entreabrió sus delgados labios.

—Si mi plan se realiza,—se dijo hablando consigo mismo,—la venganza será completa: preparémoslo todo.

Y colocando la mano derecha sobre un timbre, se tendió cómodamente en la butaca.

Un criado se presentó á recibir órdenes.

—¿Está en casa mi secretario?—preguntó el conde.

—Sí, señor.

—Dígale usted que venga al instante.

Trascurrieron algunos segundos, y un hombrecillo de rostro alegre y vivo, color sano, de rostro perfectamente afeitado, se presentó en el gabinete.

El recien venido saludó respetuosamente al conde sin dejar de sonreirse porque la sonrisa era eterna en su labio.

Vestia de negro y un poco anticuado, era un tipo que hubiera podido tomársele por un hombre de bien.

—Señor Castro, tenga usted la bondad de cerrar la puerta y sentarse; tenemos que hablar.

Castro cerró la puerta, se sentó enfrente del conde, y fijando en él sus alegres y pequeños ojos, le dijo sonriéndose:

—Usted dirá, señor conde.

Aquí hubo una corta pausa. El conde tenia con cierta distraccion la mirada fija en el fuego de la chimenea. Castro los ojos fijos en el conde.

—Usted deberia estar en presidio, señor Castro,—dijo por fin el conde con mucha calma.

El hombrecillo, al oir aquella introduccion, acentuó mas su sonrisa y contestó:

—Me consuela, señor conde, la idea de que muchos se encuentran en el mismo caso que yo.

—Dice usted bien: en este gran bazar que se llama Madrid, respiran libremente muchos infames, pero yo no hablo con ellos, sino con usted.

—Yo escucho al señor conde con el mayor respeto.

—Continuaré recordándole que gracias á mis influencias y á mi dinero, se logró echar tierra sobre un asuntillo bastante sucio que tuvo lugar en la modesta aldea en Mohernando.

Castro fijó de un modo intencionado los ojos al conde y repuso:

—Supongo que el señor conde está esta noche de mal humor.

—Al contrario, estoy contento, y por esa misma razon le he llamado á usted, pues tenemos que hablar largamente.

—Como el señor conde me recuerda una época que yo habia olvidado de la memoria.

—Debe usted suponer que tendré motivos para ello.

—No lo dudo.

—Hace un cuarto de hora ha venido á visitarme el hijo de Ángela Cantero.

Al oir este nombre, Castro se estremeció.

—El pobre muchacho ha quedado huérfano,—volvió á decir el conde,—y como su madre le dió antes de morir una carta para mí, ha venido á presentármela.

—¡Para usted!—repuso Castro.

—A usted le hubiera parecido mas lógico que Ángela la hubiese escrito al general Lostan.

—Es natural.

—Eso mismo pensó la pobre Ángela pocos momentos antes de morir, pero el noble marqués del Radio ha recibido friamente al hijo de Ángela, despidiéndole de su casa de una manera algo brusca, lo cual me ha decidido á protegerle.

—No comprendo.

—Pues, amigo Castro, mi conducta para con el jóven huérfano se esplica fácilmente. El general tiene una hija, y si yo logro que esa muchacha se enamore de mi protegido, entonces...

El conde soltó una carcajada. Los ojos de Castro brillaban de un modo estraño.

—¡Pero la hija del general!

—Sí, ya comprendo lo que va usted á decirme y precisamente por eso me constituyo en protector de Daniel, pues tengo la seguridad de que usted me ayudará á llevar á cabo un buen pensamiento que se me ha ocurrido.

Y el conde acentuó la palabra *buen pensamiento*.

—Estoy siempre á las órdenes del señor conde.

—En primer lugar, participo á usted que Daniel vivirá desde mañana en esta casa; quiero que se le trate como si fuera mi propio hijo; tengo pensamiento de casarle con Clotilde de Lostan.

Y el conde, mirando á Castro, se sonrió de un modo que repugnaba.

—Usted en otro tiempo fué útil al general, y hoy espero que lo sea á su hija,—añadió el conde.—Necesito, pues, que me proporcione usted un retrato de la her-

mosa Clotilde. Conviene que lo vea en su habitacion mi hijo adoptivo.

—Eso es bastante difícil.

—¡Bah! no hay nada difícil cuando se tiene verdadero interés en conseguirlo: hoy abundan en todas las casas las fotografías: los albums se hallan indispensablemente sirviendo de adorno sobre todos los veladores de los salones, y nada tan fácil como adquirir un retrato de la hermosa hija del general Lostan: una vez conseguido esto, de una fotografía pequeña se hace una fotografía mas grande, se busca un pintor que la minie y se coloca el cuadro en el cuarto de vestir de mi protegido Daniel; conviene que ese muchacho vea con frecuencia el retrato de una mujer que, ó mucho me engaño, ó le ha causado una viva impresion.

—Si el señor conde tiene tan gran empeño, forzoso será adquirir ese retrato,—dijo Castro haciendo un movimiento con los ojos, tomando su fisonomía algun parecido con la raposa.

—Pasemos á otro asunto.

—Escucho al señor conde con el mayor interés.

—Ya comprenderá usted,—volvió á decir el conde,—que siendo Daniel mi hijo adoptivo, es preciso que se presente en sociedad como corresponde á mi clase. Necesita, pues, un buen sastre que se encargue de quitarle algo de ese pelo de la dehesa que trae del pueblo, y un maestro de esgrima que acostumbre su brazo, por si mañana tiene necesidad de utilizarse de él. Yo quiero hacer de mi ahijado un muchacho de provecho. Su ma-

dre me lo ha recomendado antes de morir, y es preciso respetar los encargos de los muertos.

Y el conde, dejando asomar á sus delgados labios una sonrisa fria y burlona, dirigió una mirada hácia la alcoba, añadiendo:

—Y si no que lo diga esa calavera que hace algunos años me sirve de lámpara nocturna para leer las obras de mis queridos maestros Volney y Voltaire.

Aquel sarcasmo sacrílego que acababa de pronunciar el conde causó una viva inquietud á Castro.

El viejo aristócrata soltó una ruidosa carcajada y volvió á decir:

—Es usted un hombre verdaderamente estraordinario, señor Castro. Hay en la historia de usted episodios no muy santos, que bastarian para probar que no es la conciencia la que mas le ha sobresaltado en esta vida, y sin embargo, cuando á mí se me ocurre hablar de los muertos, es decir, de la nada, usted se estremece de un modo que me prueba, ó que hay en ese estremecimiento algo de hipocresía, ó que usted cree en Dios y en el diablo.

—Es que yo no puedo comprender, señor conde, cómo se complace usted en tener en su alcoba ese cráneo descarnado que descansó en otro tiempo sobre los hombros de una mujer hermosa.

—¡Ah, mi querido señor Castro! para mí esa calavera es un objeto de arte, al que dirijo siempre mi última mirada antes de entregarme en brazos de Morfeo.

—Y sin embargo, esa calavera tiene una historia que ha costado á usted un mar de lágrimas.

—Historia que yo me complazco en recordar con frecuencia para librarme de las emboscadas y de los lazos que con tanta habilidad suele tendernos el bello sexo. Estoy seguro que mi protegido Daniel, jóven ingénuo y sencillo, y por consiguiente muy espuesto á ser el juguete de las mujeres, me agradecerá que yo le relate algun dia la historia de esa calavera, porque suele ser muy provechosa.

—¿Y tendrá usted valor?...

—¡Valor! me parece, señor Castro, que se necesita muy poco para referir un hecho histórico. Además, yo soy un millonario desocupado, un hombre que no tiene en el mundo nada absolutamente que hacer. ¿En qué puedo yo emplear mis horas y mi tiempo mejor que en educar á mi manera á ese jóven, á quien abro las puertas de mi casa y mi bolsillo? Usted sabe muy bien que hace veinte años acaricio en mi mente la idea de una venganza; siempre la fatalidad se opone á que la satisfaga. ¡Oh! pero ahora espero que no sucederá así. El dia que se realice mi pensamiento, será el mas feliz de mi vida. Pero esta escena, señor Castro, se prolonga demasiado, y usted necesita tiempo para cumplir mis órdenes, la doy, pues, por terminada: creo que no tengo mas que advertir á usted.

Y el conde, estendiendo el brazo, cogió de encima de la chimenea un volúmen y se puso á leer con indiferencia, sin volverse á ocupar de su secretario, que salió

del gabinete murmurando en voz baja estas palabras:

—El pobre huérfano ha caido en las garras del diablo. Mucho tiene que trabajar su ángel bueno para que pueda salvarse su alma.

CAPÍTULO X.

El sueño y la realidad.

Cuando Daniel llegó á su modesta casa de huéspedes de la calle Ancha de San Bernardo, entró en su humilde cuarto de estudiante, cuyos muebles se reducian á un catre de tijera, una mesita de pino pintada de caoba y dos sillas de Vitoria, y se sintió fatigado, como acontece naturalmente al provinciano despues de un dia de correr en todas direcciones las calles de Madrid.

Á los diez y nueve años, la naturaleza, llena de vigor, tiene exigencias imperiosas á las que es indispensable rendir tributo.

Daniel, como hemos dicho, se sentia fatigado. El sueño llamaba á las puertas de sus ojos y se acostó en su modesto catre.

El silencio de la noche, la soledad de aquella pequeña habitacion, que el huérfano iba á abandonar muy en breve, trocándola por las comodidades de un palacio, le hicieron pensar en las alternativas de la vida y los caprichos de la fortuna.

Por eso, sin duda, aunque Daniel cerró los ojos, no pudo dormirse tan fácilmente.

Y esto suele acontecer con frecuencia. Muchas veces desea uno tomar la horizontal sobre su cama, porque el sueño y el cansancio languidece los miembros y se desea el reposo; mas apenas ha logrado el individuo este deseo material, al cerrar los párpados para complacer las necesidades de la naturaleza, una idea repentina asalta su mente. Esta idea gira en el cerebro, se dilata, se estiende, toma formas, y poco á poco, apoderándose de nosotros, nos preocupa de tal modo, que el sueño se disipa y pasa una y otra y otra hora sin que Morfeo deposite el suave soplo de su aliento adormecedor sobre nuestros ojos.

Daniel se acostó rendido, muerto de sueño, si se nos permite emplear esta palabra familiar, pero al cerrar los ojos recordó su entrevista con el general Lostan, se le apareció como una vision encantadora la imágen de su hija Clotilde, y enlazándose estas dos ideas con la increible generosidad del conde de la Fé, formaron un poema de pensamientos incoherentes que, agrupándose en su imaginacion, espantaron el sueño de sus ojos.

Y en verdad que no faltaban motivos al huérfano para estar desvelado.

Un porvenir brillante se estendia ante su paso, y como el deseo no abandona nunca á la criatura, Daniel, suponiéndose rico, deseó ser amado, y al pensar en el amor, recordó á la hermosa jóven que habia visto por primera vez en casa del marqués del Radio.

Desde este momento el recuerdo de Clotilde absorbió toda su imaginacion.

Acostumbrado desde la infancia á una existencia modesta y sóbria, Daniel no conocia las encantadoras superfluidades de los ricos.

Sus piés nunca habian pisado alfombras ni su cuerpo se habia engalanado con costosos y elegantes trajes. La modestia habia sido siempre su estado habitual.

Si se esceptúan las cortas temporadas que pasó en Madrid haciendo la vida de estudiante, él no habia tenido nunca dinero en el bolsillo. Por consiguiente, no podia apreciar lo que son en Madrid para un jóven cuatro mil reales mensuales, cantidad que le habia ofrecido el conde de la Fé para sus gastos de soltero.

Pero el mundo es un gran libro donde se aprenden pronto las necesidades de la vida, si bien su estudio envejece el rostro y disipa la virginidad del alma.

Daniel se habia acostado á las diez de la noche, y al dar la una el reloj de la Universidad Central continuaba dispierto y con pocas esperanzas de dormirse.

Así como un clavo al arrancarse deja un agujero en la pared, así el jóven al abandonar la paz de la aldea siente un vacío en el corazon que trastorna su organismo y cambia en parte su manera de ser.

Daniel no habia pensado nunca mas que en admirar la belleza del sol, los tesoros inapreciables de la naturaleza y amar á su madre.

Sin mas horizontes que el que cerraban las crestas de sus montañas, hubiera pasado su vida bajo el modesto techo de su hogar doméstico sin ambicionar otra cosa que las caricias de su madre.

Pero Madrid es el Leviathan de la Biblia, que lo devora todo, y muy pronto el deseo, ese autócrata del corazon, ese verdugo del pensamiento, iba á decirle á Daniel: «Despierta del sueño de la inocencia en que duermes, la vida está llena de encantos para los que como tú tienen la fortuna de ser ricos.»

Á las dos y media de la mañana Daniel por fin pudo cerrar los ojos al sueño.

Se durmió, y esa pequeña muerte diaria, concedida por Dios á la criatura para descanso del cuerpo y de la imaginacion, necesidad indispensable de la vida, le proporcionó uno de esos sueños que los poetas han dado en llamar de color de rosa. Y como á los diez y nueve años el amor está por encima del interés, Daniel en su sueño se olvidó de su protector el conde de la Fé, y vió con los claros colores de la verdad á la encantadora hija del general Lostan.

Serian las diez de la mañana cuando despertó, y lo hizo exhalando un suspiro, porque el pobre huérfano hubiera querido soñar siempre.

Hay sueños que no debian terminar nunca.

En estos casos la naturaleza es cruel despertándonos, porque al abrir los ojos, al tocar la realidad de la vida, se encuentra uno á cien mil leguas de distancia de aquello que ha soñado.

Pero, ¿quién puede evitar esta imperfeccion del hombre? Nadie; por consiguiente lo mas cuerdo es esclamar con nuestro amigo Miguel de los Santos Alvarez:

«¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!»

La patrona de Daniel era, como la generalidad de las patronas que se dedican al género estudiantil, buena con el que le pagaba religiosamente lo estipulado, y gruñona y poco amable con el huésped que, llamándose andana al fin de mes, empleaba toda la retórica que habia aprendido en la gramática de Salvá para entretener algunos dias el pago de su pupilaje.

Daniel era un buen muchacho que habia pagado siempre bien. Por eso la patrona entró en su cuarto con la cara de pascua á preguntarle si queria que le sirviera el chocolate.

Daniel, que el dia anterior se habia ocupado poco de su estómago, aceptó gustoso el ofrecimiento de la patrona, y mientras tomaba el chocolate, tuvo lugar el siguiente diálogo:

—¿Y va usted á permanecer mucho tiempo en Madrid, señorito Daniel?—preguntó la patrona,—porque en ese caso aprovecharé la ocasion, y cuando se desocupe el gabinete con vistas á la calle, se trasladará usted á él.

—¡Ah, mi querida doña Aguelina! yo agradezco sus buenos deseos, pero me veo en la precision de dejar hoy mismo su casa.

—¡Tan pronto!

—Sí, señora, hoy mismo, porque dice el refran que el hombre propone y Dios dispone; yo pensaba que fuera usted la encargada de mi estómago y de mi ropa todo el tiempo que permaneciera en Madrid, pero mi buena suerte me ha deparado un palacio por hospedaje.

—¡Qué me cuenta usted! ¡Un palacio! ¡Pues no es poca fortuna!...

—Lo cual no impedirá que venga de vez en cuando á ver á mi buena y antigua patrona.

—¿Pero usted habla de veras?

—Si estoy diciendo los Evangelios.

—Vaya, pues me alegro.

—Yo espero que tendrá usted la bondad de mandarme esta tarde el cofre á mi nueva habitacion.

—Haré lo que usted me mande; ¿y dónde tiene que mandarse el equipaje?—preguntó doña Aguelina con viva curiosidad.

—Á la calle del Arenal, casa del señor conde de la Fé.

—¡Vamos, vamos! veo que se trata usted con gente de sangre azul. ¿Es por ventura el señor conde pariente de usted?

—Es mi protector.

—Pues el que á buen árbol se arrima, ya sabe usted lo demás. Allí tendrá usted una bonita habitacion con todas las comodidades...

—Sí, creo que el cuarto que el señor conde me ha destinado es un poco mejor que este,—contestó Daniel sonriéndose.

—Despues de todo, en este mundo la gran cuestion es ser rico, ¡tienen tantas cosas los ricos!

Y doña Aguelina exhaló un suspiro que demostraba lo poco sólido de su fortuna.

—Creo inútil decirle que yo, aquí y en los salones régios del conde de la Fé, siempre soy el mismo.

—Sí, sí, ya sé yo que es usted franco y bueno hasta dejarlo de sobra, por eso Dios le ayudará siempre.

Debemos decir en honor de la verdad, que doña Aguelina se alegraba del encumbramiento de su jóven huésped, si bien sentia perder á un pupilo que pagaba, aunque poco, con gran exactitud.

Daniel, despues de tomar el chocolate, se vistió con la mejor ropa, pues estaba convidado á comer con su protector el conde de la Fé, y á eso de las once de la mañana pagó lo que debia á la patrona, la dió un apreton de manos y salió pensando que una nueva vida iba á comenzar para él desde aquel dia.

LIBRO QUINTO.

Historia de una calavera.

LIBRO QUINTO.

Historia de una esclava.

CAPÍTULO PRIMERO.

Un poco de crítica.

Á las once, el conde de la Fé se hallaba en el comedor esperando á su ahijado.

El señor Castro, con su increible actividad, habia andado mucho camino en pocas horas, y seguro de que el conde estaria satisfecho de sus servicios, entró en el comedor frotándose las manos y con la sonrisa en los labios.

Don Fernando, que, sentado junto á la chimenea, mataba el tiempo leyendo uno de esos periódicos ingleses grandes como una sábana, apartó los ojos de las columnas del diario y los fijó en su secretario.

—¿Viene usted á darme cuenta de sus trabajos?—le preguntó don Fernando.

—Están cumplidas las órdenes del señor conde,—contestó Castro inclinando la cabeza.

—¡Todas!

—Todas.

—Es usted un hombre admirable.

—Cuando no se repara en el precio, se compran muchas cosas.

—Sí, el dinero es la llave maestra, dichosos los ricos; deme usted cuenta de todo lo que ha hecho.

—Comenzaré por lo mas importante: el retrato de la señorita Clotilde se halla colgado sobre la mesa de noche de la alcoba del jóven huérfano.

—¡Hola! pudo usted conseguirlo á pesar de las dificultades que encontraba.

—Sí, señor, pero me ha costado caro.

El conde hizo un movimiento de hombros para demostrar lo indiferente que le era el dinero.

—Cuando se busca á un hombre ó á una mujer, y se le dice «roba,» es preciso pagarlo bien. Supongo que usted habrá hecho eso...

—El señor conde tiene tanto talento como penetracion: la mujer que me ha proporcionado el retrato corre peligro de que la despidan de casa el general Lostan si se averigua la verdad, pero para no morirse de hambre hasta encontrar otra casa, le he dado cuatro mil reales.

—Algo cara es una fotografía, doscientos duros.

—Es que se trata de una fotografía tal y como la deseaba el señor conde, un retrato de medio cuerpo, de tamaño natural perfectamente imitado con un colorido tan suave, tan trasparente, que se queda uno embelesado viendo aquel rostro de ángel en cuyos ojos brilla la pasion y en cuyos labios juega la sonrisa del amor.

—Veo que para enaltecer la mercancía acude usted, como los poetas, á la inspiracion.

—¿Quiere el señor conde ver el retrato?

—No, le veré mas tarde; pasemos adelante. ¿Ha buscado usted el maestro de esgrima y de equitacion?

—Sí, señor.

—Quiero que mi ahijado tire las armas con perfeccion y monte á caballo como Alejandro, esto da cierta importancia á los jóvenes. En cuanto á la biblioteca particular del huérfano, supongo que habrá usted colocado los libros que le indiqué.

—Yo por mi misma mano los he sacado de la biblioteca grande del señor conde, y los he puesto en la del señorito Daniel, pero tendria una satisfaccion en que el señor conde viese si están á su gusto las habitaciones de su ahijado.

El conde miró el reloj, y como no eran mas que las once y catorce minutos, se levantó y dijo:

—Vamos, cuando venga Daniel que me espere aquí.

El conde, que habitaba solo toda la casa, habia señalado el entresuelo para su ahijado.

—Los jóvenes deben vivir con cierta libertad, yo ocuparé el piso principal, Daniel el entresuelo.

Don Fernando recorrió todo el cuarto enterándose con detenimiento del menor detalle.

Daniel podia disponer de una bonita sala de recibo, de un gabinete, de un cuarto tocador, de una sala de armas, de un comedor y una pieza cuadrada para fumar y tomar café.

El hijo de familia de sangre azul mas exigente nada hubiera tenido que desear. Daniel iba indudablemente á

creer inútiles muchas cosas de las que le concedia la generosidad de su protector.

El conde se detuvo particularmente en la sala de armas, habitacion predilecta de esa alegre y desocupada juventud que pasa la vida gozando los placeres que proporciona el oro.

En un elegante escaparate de cedro y cristal se veian como una docena de cajas de tabacos habanos de todas clases y tamaños.

—Creo que Daniel me ha dicho que no fuma... pero no importa, sus amigos fumarán, y un jóven rico debe tener buenos tabacos.

El conde quedó satisfecho de todo.

—Solo falta que el sastre sea activo en hacerle la ropa.

—Vendrá á las dos á tomarle medida y me ha ofrecido que para mañana remitirá dos trajes, uno de calle y otro de casa.

—Procure usted que cumpla la palabra, la ropa es lo principal. Además, dentro de tres dias da un baile el embajador de Rusia y quiero presentar en él á mi ahijado. Necesito por consiguiente un traje de etiqueta, pero aquí nada tenemos que hacer, volvamos al comedor, tal vez Daniel me esté esperando.

Efectivamente el huérfano esperaba en el comedor.

—¡Ah! veo que eres puntual, querido Daniel; te doy las gracias porque tengo buen apetito.

Y dirigiendo la palabra á un criado que se hallaba como un poste junto á la puerta, añadió:

—Que nos sirvan el almuerzo; á la mesa, señores, á la mesa. Tú á mi lado, querido Daniel.

El huérfano se encontraba en una situacion difícil.

Sobre aquella mesa lujosa y ricamente servida veia una porcion de objetos cuya aplicacion ignoraba.

Llamábale vivamente la atencion unos pequeños ejes de plata, con ruedas del mismo metal, que se hallaban delante de cada uno de los cubiertos.

El pobre Daniel ignoraba que aquel objeto, inventado por el refinado sibaritismo de los ricos, no era otra cosa que una aberracion de la moda y del lujo, pues se comprenderia en la mesa de un pobre, porque evita las manchas á los manteles, pero ¿qué le importa á un rico que los muda diariamente?

Sobre aquellos ejes de plata se deja el tenedor y el cuchillo, Daniel lo comprendió así muy en breve.

El estómago y la imaginacion, esas dos ruedas motoras de la vida que dan fuerza la una á la materia y la otra al alma, adquieren con la costumbre vicios difíciles de corregir.

Daniel, viviendo en su pueblo bajo el humilde techo de su hogar doméstico, sentándose á la mesa modesta de su madre, desconocia la inmensa y lujosa nomenclatura de la cocina francesa.

Todo el arte culinario se reducia para él al prosaico cocido, al guisado de carne con patatas, el bacalao á la vizcaina, las sopas de ajo y las tortillas.

La punta de su cuchillo nunca habia hecho saltar la tapa de esas vasijas de barro que encierran el suculento

pâtté-froid, ni nunca se le habia pasado por la imaginacion que á un hombre mas ingenioso como el que inventó los relojes, se le hubiera ocurrido coger un pato para producirle á fuerza de alimentos irritantes una inflamacion en el hígado tan monstruosa, que dilatase este órgano de la digestion hasta el punto de ahogar al pobre animal, y luego hacer con el hígado y otras sustancias un manjar que por lo caro es digno de los príncipes, y por lo suculento de los gastrónomos.

El refinamiento en la cocina estranjera ha llegado á su punto algido. Recientemente en París el arte culinario ha hecho prodigios de increible ingenio: la raza felina y la canina, gracias al talento de los cocineros, ha oscurecido á la familia de los faisanes, de las chochas y de las becanisas. El perro se ha convertido en jabalí, y el amigo del hombre relleno de trufas ha sido devorado por el hambre sobre los blancos manteles de una mesa de pega con el mismo apetito que si se tratase del cerdoso morador de los jarales.

Bien es verdad que el gastrónomo es un animal egoista que, como el Leviathan del libro de Job, lo devora todo.

Pero terminemos estas digresiones diciendo que Baltasar, Asuero, Lúculo y Marco Antonio fueron unos pobretes que deben en verdad inspirarnos lástima, porque allí no conocieron el pâtté-froid ni el podrido queso de Rochefort, ni el Champagne, ni el café, ni el tabaco, cosas todas que contribuyen á la buena digestion y á esa alegría de la materia que aparece en el rostro de la gula con las sonrosadas tintas de la rosa.

Pero el mundo marcha, como ha dicho Eugenio Pelletan; la humanidad tiene sus leyes de gravedad infalibles, por eso cuando llega á la cúspide, no le queda otro remedio que descender.

La historia antigua es nuestro ejemplo; pero ¿quién hace caso de la historia? El hombre es el sér que menos escarmienta en cabeza ajena, sigue impávido su camino sin ocuparse nunca de que puede sucederle lo que le sucedió á su prójimo, y en su orgullo necio muchas veces, al visitar la casa de los muertos, llega á creerse inmortal como los dioses del paganismo.

La sociedad se halla en nuestros dias verdaderamente desquiciada, y casi nos atreveriamos á decir que la mitad de los séres racionales que pueblan el globo terráqueo están locos ó poco menos, á juzgar por las escentricidades que cometemos los pobres moradores de este valle de miserias y penalidades.

Hoy generalmente se prefiere lo podrido á lo fresco, se mira con desprecio el queso de Villalon, y se enaltece el de Gruyère cuando por el contacto del vinagre se halla agusanado. Se guisan las chochas con la asquerosa salsa de sus tripas, y se dejan las perdices que se consuman quince dias antes de guisarlas, hasta que huelen mal y se les cae la pluma de la cabeza.

Esto no es mas que una prueba gráfica del estragamiento del gusto, y por eso sin duda la mayor parte de los mortales se hallan fuera de su centro, como dice con tanta gracia como oportunidad nuestro querido amigo Roberto Robert.

Y efectivamente da lástima ver á un pobre de levita á quien falta poco para morirse de hambre, vivir ocupándose siempre de lo que no le importa, y cuando logra conseguir dos reales, irse á un café y darle cuatro cuartos de propina á un mozo que es mil millones de veces mas rico que él.

Por lo que se deduce que, siguiendo esta marcha, antes de mucho los cosacos del desierto de Rusia comerán cabello de ángel, y los almibarados pollos de las ciudades se alimentarán de carne cruda. Cuando esto suceda, el diluvio estará llamando á la puerta de cada vecino.

Lo primero que compra un inglés cuando desembarca en Andalucía es una botella de Manzanilla, unas castañuelas, un sombrero gacho y una faja: si este hombre no está loco, no sé qué nombre darle.

En Inglaterra se aclimata el vino de Jerez y las almendras verdes de Dénia; y en España se bebe cerveza y se come sopa de rabo de buey, haciendo visajes y sintiendo levantamientos de estómago poco gratos.

Si nuestros rancios y rutinarios abuelos levantaran la cabeza, ¡cómo se habian de reir de nosotros!

No hace mucho hemos asistido á un concierto famoso en Madrid, donde el programa de las piezas que se tocaban estaba escrito en aleman y en francés, y sin embargo, las elegantes señoras que llenaban las localidades, por un capricho de la moda, llevaban peine de teja y la macarena rosa junto á las sienes, que parecia gritaran con toda la espansion de una buena española: «¡Voy á los toros!»

Una entretenida, una *cocotte,* una de esas mujeres que poseen el arte de la coquetería en su mayor refinamiento pasa los Pirineos, llega á Madrid y se presenta en los teatros y en los paseos públicos. Hoy se tiñe el pelo de color de azafran, mañana de ese tinte dorado de las espigas de Egipto, y luego de ese color ceniciento que he visto tantas veces sobre el lomo de los conejos. La trompa de la fama, esa especie de gacetilla moderna que no se escribe con letras de molde, pregona muy en breve de aquella mujer con un *desabillé* encantador: «Se ha comido la fortuna de un príncipe estúpido y de varios hijos de familia imbéciles.» Se sabe que la *carne es mala* y que solo se sostiene con apariencias de *pasable,* gracias al pano *de Vénus,* á la pomada de los *tres leones* y al arte de sus dedos, y á pesar de esto, la rodean una docena de admiradores bebiendo por ella los vientos, dispuestos á quemar incienso ante aquella Vénus trasnochada, que sabe de memoria el oficio de Mesalina, que empieza en un elegante gabinete y concluye en un hospital.

Y mientras tanto la fresca y pudorosa jóven ve pasar por su lado al tropel de locos que corren en busca de una sonrisa de le *cocotte,* sin dignarse dirigir una mirada á la que en cuerpo y alma vale cien veces mas que ellas.

Pero ahora recuerdo que antes ofrecí dar punto á las digresiones, y enredadas unas palabras con otras como suele suceder á las cerezas, he llenado algunas páginas que no tienen nada absolutamente que ver con la narracion de la presente historia que yo escribo, sin otro objeto que el de entretener tus ratos de ócio.

Pero echándola de hombre libre, permíteme, lector, que te diga que algunas veces me tomo la libertad de escribir para mí, en cambio de las muchas que la imperiosa ley de la necesidad me obliga á escribir para tí.

Y aquí termino, temeroso de emprender de nuevo otra disertacion filosófica que apure tu paciencia y te ponga en el caso de arrojar el libro que tienes entre las manos.

CAPÍTULO II.

Donde el conde prepara el terreno.

Daniel almorzó con buen apetito, porque el carácter franco y cariñoso del conde de la Fé reanimaba su espíritu inspirándole canfianza.

El viejo aristócrata, gastado como Sardanápalo, y escéptico como Voltaire, tenia vivo interés en conquistarse las simpatías y la confianza del huérfano.

Los planes maquiavélicos que bullian dentro de aquel cráneo de sesenta años no podian realizarse sin que Daniel fuera para su protector uno de esos hijos á la moderna, que conversan con sus padres de sus queridas, de su desgracia en el juego, haciendo alarde de todas las malas pasiones de que es capaz el corazon humano.

El trabajo de zapa que se habia propuesto el conde de la Fé para llegar al corazon de Daniel, iba á comenzar aquel mismo dia.

En ciertas escenas íntimas sobran generalmente todos los personajes que pasan de dos; el conde hizo una seña á su secretario con la mirada, indicándole que podia retirarse, y luego, cogiendo por el brazo al huérfa-

no, le condujo hasta una habitacion inmediata, en donde se hallaba servido el café.

Sobre un elegante velador de palo rosa se veia el servicio de ese delicioso cocimiento que los árabes mascan y los europeos beben; pero como el conde era espléndido en todo y no queria violentar los gustos de su ahijado, habia mandado colocar tambien en otra mesa inmediata un servicio de té.

Sobre el mármol negro de Bélgica de la chimenea vió Daniel destacarse la descarnada y blanca calavera que tanto sobresalto le habia causado el dia antes. Sobre esta calavera se hallaba colocada una ancha taza de plata llena de ron verde de la Jamaica.

Las persianas del balcon estaban corridas; una luz ténue como la del crepúsculo matinal se estendia dulcemente por los ámbitos de aquella habitacion.

El conde cogió de un canastillo de mimbre de Manila un alegrador de papel rizado, lo encendió al fuego de la chimenea y aplicándolo despues al borde de la taza de plata, brotó de su fondo una llama azulada que, como el fuego fátuo de los griegos, hacia pensar en algo de ese misterio que no está al alcance de la criatura.

Daniel no hablaba, porque iba, como suele decirse, de sorpresa en sorpresa, como el niño á quien su madre le lee durante las veladas del invierno los cuentos fantásticos de las Mil y una noches.

El conde se sentó en una butaca junto al velador, donde se hallaba el servicio del café, hizo una seña al huérfano para que ocupara otra, y luego dijo:

—Yo sé, querido Daniel, que tú has sido siempre un muchacho independiente, á quien la desgracia tenia encerrado en los estrechos límites de una modesta aldea: una nueva vida va á empezar para tí, dichoso yo si llego algun dia á conseguir que me quieras como á un padre, ya que has tenido la desgracia de no conocer á aquel á quien debes el sér.

—Mi madre, señor conde,—repuso el huérfano dirigiendo recelosas miradas á la calavera, sobre cuyo cráneo titilaba la azulada llama del ron,—me enseñó desde pequeño á ser agradecido. Solo en el mundo, á usted debo el esplendor de esta nueva vida, y seria yo el mas infame de los hombres si no pagara con lo único que puede pagar el pobre los favores que recibe: con el cariño, con el respeto.

—Así lo espero; pero tomemos café, que es un buen digestivo cuando se come bien, digo, á no ser que prefieras el té, del que tan orgullosos se muestran los hijos del Celeste Imperio, y que yo conceptúo como un cocimiento inútil que para nada sirve.

El conde llenó dos pequeñas tazas de café, y apagando la llama del encendido ron, puso la taza sobre la mesa.

—Ahora, querido Daniel, vamos á hablar como dos buenos amigos. Tú vas á entrar en una nueva vida llena de encantos y seducciones, pero que no está exenta de peligros, sobre todo para tí, en cuyo pecho supongo que late tranquilo un corazon vírgen á las pasiones.

El conde saboreó un sorbo de café, fijó sus pequeños y vivos ojos en el huérfano y volvió á decir:

—Á los diez y nueve años el mundo no es otra cosa que un campo cubierto de flores. El horizonte se estiende y se dilata ante nuestros ojos teñido de ese poético color de rosa que respira encanto y poesía; la esperanza, esa bella flor de la juventud que lo embellece todo, vive tranquila en el fondo del alma, como el blanco cisne en medio del apacible lago; pero un dia el amor, ataviado con sus mas seductoras galas, llega tímido y ruborizado á llamar á las puertas de nuestro corazon. Al verle débil y suplicante, la juventud le abre incautamente la puerta, le deja entrar en el santuario de su alma, y creyéndole una necesidad de su naturaleza, una segunda vida, le acaricia hasta en sueños y acaba por entregarle hasta la voluntad.

El conde hablaba con mucha pausa, como si quisiera que sus palabras fuesen cayendo una á una en el corazon de su protegido, y al mismo tiempo le miraba con fijeza, deseando sin duda leer algo en el fondo de su alma.

—Hoy, si esceptuamos el recuerdo de tu pobre madre, que ha bajado á la fosa, ni una sola nube empaña el claro sol de tu felicidad; para que este estado de verdadera perfeccion en la juventud se prolongue y dure el mayor tiempo posible, es preciso, hijo mio, que no olvides que el dar en el mundo un paso imprudente puede conducirte á la desgracia. Espronceda, que era un poeta de mucho talento, un filósofo que conocia el corazon humano, escribió estos dos versos, que encierran una amarga verdad:

Aquí para vivir en santa calma
O sobre la materia ó sobre el alma.

Yo bien conozco que no ha sonado aun para tí la edad de la esperiencia, pero yo tengo mucha y creo conveniente cederte una poca. En este mundo es difícil vivir sin amar, durante ese período llamado la primavera de la vida, en que el corazon atesora el fuego de las pasiones y la mente está llena de esa espuma que precede á la fria razon.

El conde hizo otra pausa, puso en una pequeña copa de cristal algunas cucharadas de ron, bebió un sorbo y repuso de este modo:

—Nada tan fácil como perder la paz del espíritu en un segundo: tengo la conviccion de que el dia menos pensado una mujer, interponiéndose en tu camino, procurará apoderarse de tu corazon y de tu voluntad. Esta situacion será la mas grave de tu vida, porque, no lo olvides nunca, Daniel, hay besos que no son otra cosa que una aspiracion sin importancia que nace en los dientes y muere en los labios, y besos que, como un dardo envenenado, penetran en el alma, matando para siempre la felicidad. Huye pues, hijo mio, de los segundos, y sé siempre partidario de los primeros, y ten presente que la mujer mas hermosa del universo no vale la pena de que el hombre tome formalmente ni sus juramentos ni sus caricias.

El conde volvió á saborear de nuevo el ron, y como Daniel no tenia palabras que oponer á sus consejos, volvió á decir:

—Las mujeres son generalmente caprichosas; en su alma rinden adoracion al deseo y á la novedad, endiosadas con ellas mismas, su único afan se reduce á convertir al hombre á quien conceden alguna preferencia, en un juguete, en un pasatiempo agradable. Las promesas de las mujeres son palabras escritas sobre arena, ecos melodiosos que se lleva el viento. Yo he estudiado con detenimiento el corazon femenino y no puedo menos de reirme ante las aberraciones del bello sexo. Las mujeres de Hércules, de Julio César y de Cretes pueden reasumir la historia superficial del bello sexo, y vuelvo á repetirlo, desgraciado de aquel que tome en sério lo que no es otra cosa que una melodía mas ó menos armoniosa.

Daniel escuchaba al conde de la Fé con verdadera veneracion, y sin embargo, la mayor parte de las palabras que brotaban de los labios del escéptico anciano no eran para él otra cosa que un ruido vago, indefinible, del que no podia darse cuenta.

—Hace treinta años,—volvió á decir el conde,—yo me encontraba en las mismas circunstancias que tú, con la única diferencia de que mis padres se habian tomado la molestia de dejarme á su muerte un rico patrimonio. Entré en el mundo, como vulgarmente se dice, con el corazon en la mano, y mi alma vírgen no tardó mucho en recibir las primeras heridas. Yo bien conozco que es preciso dar tiempo al tiempo, y que á los sesenta años se piensa de un modo diametralmente opuesto que á los veinte; si yo entonces hubiera tenido á mi lado un hombre de esperiencia, me hubiera ahorrado grandes dis-

gustos y algunas cicatrices que ostento en mi cuerpo como una credencial de mi imbécil buena fé.

Y el conde, estendiendo una mano en direccion á la calavera, añadió sonriéndose de un modo que hubiera envidiado Mefistófeles:

—Si ese cráneo hablara, podria contarte una historia altamente provechosa; pero quién sabe; tal vez algun dia yo te relate lo que esa calavera no puede.

Y como el conde advirtiera la repugnancia que aquella cabeza insepulta causaba á Daniel, soltando una ruidosa carcajada, añadió:

—Parece imposible que una mujer hermosa como Ruth y apasionada como Helena, se convierta en eso.

Y el conde volvió á señalar con el índice de la mano izquierda la calavera.

—Pero veo que has concluido tu taza de café y preciso será que te enseñe las habitaciones que te he dedicado en mi casa.

El conde se levantó, y cogiendo del brazo á su ahijado, salió de la habitacion.

Poco despues se hallaban en el entresuelo. Allí les esperaba Castro con otros dos caballeros; uno de ellos era el maestro de esgrima que debia encargarse de educar el brazo de Daniel; el otro el sastre que iba á convertir al jóven aldeano, gracias á la mágia de sus tijeras, en un *dandy* madrileño.

El conde convino en que su ahijado diera leccion de esgrima de ocho á diez de la mañana, mientras el sastre le probaba algunas prendas de ropa.

Daniel á nada se oponia, parecia un autómata que, careciendo de voluntad propia, estaba dispuesto á obedecer todo cuanto le mandara el conde.

Cuando volvieron á quedarse solos, don Fernando dijo:

—Ahora voy á enseñarte tus habitaciones, y no olvides, hijo mio, que para vivir en el gran mundo importa poco ignorar la geografía y la historia; pero es indispensable poseer en alto grado el arte de la esgrima. Desgraciado de tí si llegan á conocer que eres débil, á sospechar que un florete ó una pistola en tu mano son armas inútiles, porque entonces, aunque fueses un ángel, te faltarian al respeto. En este mundo es preciso buscar una ocasion para demostrar que se saben vengar los agravios. Yo espero que esta ocasion no ha de faltarnos.

El conde fué enseñando todas las piezas del cuarto dedicado á Daniel y haciéndole una esplicacion detenida de todos los objetos que lo decoraban.

Cuando llegó á la alcoba se detuvo enfrente del retrato de Clotilde. Daniel no pudo contener un grito de admiracion al fijar los ojos en la encantadora cabeza de la hija del general Lostan.

Este grito, que brotaba del fondo del alma del huérfano, hizo sonreir al conde, porque el retrato habia producido el efecto que él esperaba.

Por esto sin duda murmuró en voz baja estas palabras:

—¡Ah! si ellos llegan á amarse, mi venganza será completa.

Daniel mientras tanto permanecia inmóvil, con los ojos fijos en el retrato; se hallaba en uno de esos éxtasis sublimes que son el preludio de las grandes pasiones, y se preguntaba en su mente, por qué razon se encontraba en su misma alcoba el retrato de la jóven que habia visto el dia antes en casa del marqués del Radio y que tan profunda impresion le habia causado.

El conde se gozaba del buen efecto que el retrato de Clotilde producia á su ahijado, y pensaba que si el amor entra por los ojos, como asegura Edgardo Poe, nada tendria de estraño que aquella imágen se fotografiara en el alma de Daniel.

Por su parte el huérfano se hallaba en uno de esos períodos de la vida en que nada existe en derredor nuestro, en que el sér verdaderamente abismado con sus pensamientos suele encontrarse solo en medio de trescientas mil almas.

Toda la atencion de Daniel se hallaba reconcentrada en la hermosa cabeza de Clotilde, cuyos ojos le sonreian y en cuyos labios frescos y rojos como la flor del terebinto de Judea, parecia ver una esperanza.

Á los veinte años el alma es generalmente soñadora, y el mundo, contemplado á través de un prisma encantador, no es otra cosa que un bello panorama por el que van pasando nuestros deseos con los brazos estendidos como si nos llamaran para acariciarnos.

Daniel habia visto dos veces á Clotilde: la primera en casa de su padre y en uno de estos momentos de febril agitacion. Entonces le pareció un ángel que, descen-

diendo del cielo, se interponia entre él y el general. Luego la vió en la Castellana: la elegante y hermosa jóven iba muellemente reclinada en los almohadones de su carretela. El huérfano la reconoció, la siguió con la mirada, y al perderse de vista, sintió algo desconsolador en el fondo del alma.

Cuando á los veinte años una mujer causa estos efectos, bien puede decirse sin temor de equivocarse que esa dulce inquietud denominada amor, llamará en breve á las puertas del corazon.

Daniel, por fin, despues de una pausa que tuvo la duracion de dos minutos, apartando los ojos del retrato, exhaló un suspiro que no pasó desapercibido para el conde de la Fé, y dijo:

—Yo creo que he visto en alguna parte á esa jóven.

—Es el retrato de la hija del general Lostan,—contestó el conde con gran naturalidad, y como si no le diese importancia alguna á sus palabras.

—¡Ah! ¡Es Clotilde! Lástima que una jóven tan hermosa y tan buena tenga un padre...

Daniel se detuvo; pero el conde comprendió lo que su ahijado queria decir con aquellos puntos suspensivos.

Despues de esto salieron de la alcoba, y don Fernando condujo á su ahijado á un pequeño salon que era la pieza destinada á los libros y á las armas.

—En esta habitacion—le dijo,—podrás recibir y tomar café con tus amigos, cuando los tengas, que será muy en breve, porque en Madrid se relacionan pronto los jóvenes que convidan y tienen dinero para gastar. Pues como

dice con mucha verdad Hartzenbusch en la Redoma encantada, «el conde que paga es el verdadero conde.» En esta sociedad corrompida en que vivimos, es preciso, indispensable de todo punto abrirse camino y marchar formando en las primeras filas. Yo creo que no tendré gran necesidad de esforzarme para que comprendas mi carácter. De estas habitaciones que te señalo, de los doscientos duros que te daré para tus gastos de soltero todos los meses, de tu cuerpo y de tu voluntad puedes hacer aquello que mas te plaza; libre eres como el viento de tus acciones, pues yo, aunque pertenezco á la raza de los elegidos, aunque mis rancios pergaminos datan nada menos que del tiempo de las Cruzadas, siento dentro de mi sér esa independencia salvaje hija de la libertad y á quien hoy dan los modernos el nombre de democracia. Así pues, el dia que quieras almorzar aquí con tus amigos, me mandas un recado para advertírmelo; yo no he de ofenderme por ello. Cuando quieras sentarte á la mesa conmigo, subes al piso principal; á las once almuerzo y á las siete como. Solo me falta advertirte una cosa: eres jóven, robusto y no mal parecido; he creido notar que la naturaleza te ha concedido una inteligencia clara y despejada; tienes libros, armas, caballos y carruajes; procura brillar en el mundo, yo no tengo herederos, quién sabe lo que puede suceder mañana. Entre mi servidumbre te he elegido la gente mas jóven: tendrás tu ayuda de cámara y tus criados independientes de los mios, porque he dispuesto que sean esclusivamente tuyos. Cuando necesites algo, y en particular, dinero, que

es lo que con mas frecuencia hace falta á los jóvenes que se hallan en tus circunstancias, te diriges al señor Castro, que es el caballero que almorzó con nosotros. Cuando te halles en una situacion grave, difícil que no sepas resolver por tí mismo, vienes á verme y me lo consultas', mi esperiencia tal vez pueda servirte de mucho.

Y el conde, tendiendo una mano á su ahijado, añadió:

—Ahora voy á dejarte. Basta por hoy de consejos y de advertencias: los viejos somos un poco pesados en estas materias.

—¡Ah! Es usted el hombre mejor del mundo,—esclamó Daniel abrazando al conde.

—Yo no soy otra cosa, hijo mio, que un solteron doceañista que vive en este mundo solo como el hongo y que desea con sus consejos y su fortuna hacer la felicidad del pobre huérfano que en su última hora me recomendó una pobre madre.

—Mi madre desde el cielo bendecirá eternamente al bienhechor de su hijo.

—¡El cielo! repitió el conde encogiéndose de hombros y haciendo un gesto espresivo con la fisonomía; quién sabe lo que se oculta detrás de esa bóveda azul que sirve de techumbre á la tierra. Ese es un misterio, hijo mio, que no han podido aun descifrar los grandes hombres que inmortalizaron sus nombres. Pero dejemos las cosas tal y como están, y si en tus ratos de ócio quieres matar algunas horas con el estudio, ahí en esos estantes encontrarás libros que te enseñarán á comprender que

el infierno y la gloria concluye para el hombre al exhalar el último suspiro.

Y el conde, sacando un papel del bolsillo de su levita, se lo entregó á su ahijado, añadiendo:

—Aquí tienes escritas algunas notas que creo pueden serte útiles en la nueva vida que vas á emprender, y en el cajon de la mesa de noche de tu alcoba hallarás la primera mensualidad que para los gastos de soltero te he asignado. Ahora dame un abrazo y no olvides que en este mundo la felicidad ó la desgracia consisten muchas veces en una pequeñez.

El conde salió: Daniel permaneció algunos minutos inmóvil y como abrumado bajo el peso de tantas mercedes.

El pobre huérfano, ingénuo y sencillo, no podia apreciar todo el valor de los consejos que el escéptico aristócrata le habia dado.

Como el ciego que despues de mucho tiempo de vivir en las mas profundas tinieblas, la diestra mano de un oculista bate de nuevo sus cataratas y vuelve de nuevo á ver la luz, así Daniel no podia fijarse mas que en la parte brillante de la conducta de su protector.

El conde habia puesto á su disposicion, por decirlo así, su fortuna, generosa conducta que le cegaba; por eso no le habian causado mucha impresion los consejos escépticos y descreidos que como gotas de veneno iban á caer muy en breve en su corazon, matando para siempre la fé, ese fuego santo que da fuerza al espíritu y vida al alma.

De repente el huérfano, que habia permanecido algunos momentos abismado en sus reflexiones, levantó la cabeza, llevóse una mano al pecho, y exhalando un suspiro, dijo:

—Es hermosa como nos dice la Biblia que eran aquellos ángeles que descendian á la tierra de los hombres en tiempo de los Patriarcas; sobre su frente pura y sin mancha brilla algo que yo siento reflejarse dentro de mi alma. Clotilde, Clotilde, tú eres la hija de un marqués; pero yo soy el ahijado de un conde, y la partida no me parece tan desigual para que retroceda creyéndome indigno de tí.

Y saliendo precipitadamente del salon, se dirigió á la alcoba.

Una vez allí, se detuvo delante del retrato de la hija del general Lostan y se quedó contemplándole con éxtasis.

CAPÍTULO III.

Donde continúa la novela.

Á un genio musical le basta un preludio para crear una obra que arrebate al auditorio que le escucha. Gounod cogió un dia el primer preludio de Bach, y sintiendo en su alma ese estremecimiento que causa la inspiracion, escribió el *Ave-María*.

Es imposible oir esta sublime pieza musical sin sentirse verdaderamente conmovido. Cuando la ejecutan cien profesores sujetos como un solo hombre á la batuta de su gran director, hay momentos en que el auditorio se levanta en masa y los bravos brotan de los corazones, sin que uno pueda darse razon de ello.

El *Ave-María* de Gounod es el poema sublime de la música religiosa. Le sucede lo mismo que á la arquitectura gótica, es una creacion para el templo; los hombres mas descreidos no pueden oirla sin que sientan en el fondo de su alma algo que les hace pensar en los misterios de la Religion.

Clotilde, Blanca y el duque de San Plácido habian terminado el ensayo del *Ave* de Gounod. Los tres jóve-

nes profesores se hallaban verdaderamente inspirados.

La marquesa del Radio, único juez que presidia el tribunal de la crítica, á pesar de su gravedad, no pudo menos de aplaudir aquel terceto de piano, órgano y violin que reasumia todos los tonos de una orquesta.

—Puesto que la señora marquesa del Radio nos aplaude,—dijo Clotilde abandonando el taburete del órgano,—creo que podemos sin temor ninguno ejecutar el terceto delante de otro auditorio mas numeroso.

—Sí, hija mia, creo que podeis tocar el *Ave-María* en la embajada inglesa, y os aseguro gran cosecha de aplausos y de felicitaciones. ¿No opina usted así, señor duque?

El duque de San Plácido era un jóven de veinticuatro años que hubiera trocado sus pergaminos y su fortuna por la gloria de Mozart ó de Beethoven, verdadero monómolo, su dios era el arte de la música, su pensamiento las armonías, su pasion las notas.

El violin, ese instrumento que, segun ha dicho un escritor contemporáneo, fué inventado por el diablo para desesperacion de los hombres, era el favorito del duque de San Plácido. Habia recorrido Europa sin otro objeto que el de oir á los grandes profesores de violin.

Muchas veces el duque de San Plácido desaparecia de Madrid, sus amigos lo buscaban inútilmente, hasta que uno de ellos decia: «No se cansen ustedes en buscarle; ha oido decir que en San Petersburgo se daba un concierto de violin, ha cogido su maleta y sus Charivaris y se ha marchado.

En la alta sociedad de Madrid se tenia al jóven duque por un hombre estrambótico: muchos aristócratas rancios criticaban su aficion á la música, pero el duque por nada ni por nadie dejaba sus inclinaciones.

Rico, jóven y sin familia, no tenia que dar cuenta á nadie de sus acciones.

Pero continuemos el diálogo.

—¡Oh! Tan seguro estoy de ello, señora marquesa,—contestó el duque guardando el violin en la caja,—que si el auditorio que hemos de tener en la embajada inglesa no nos aplaude con frenesí, me veré en el caso de decirles que son unos estúpidos.

—Lo cual no dejaria de ser una de las escentricidades del señor duque de San Plácido,—volvió á decir Clotilde.

—Me importa poco todo lo que puedan pensar de mí esos séres superficiales que nacen y mueren sin haberse ocupado de otra cosa que de vivir sin hacer nada. Si yo no hubiese tenido la desgracia de nacer rico, hoy seria tal vez un músico de la murga, pero me cabria el honor de ganarme el pan con mi trabajo; pero pido á ustedes perdon por mi egoismo; hablando de mí, me olvidaba de demostrarles el entusiasmo que me han causado mis inspiradas compañeras.

—¿Y decididamente piensa usted que toquemos el *Ave-María* en la embajada inglesa?—dijo Blanca, que, tímida como una gacela, le asustaba la idea de tocar el piano delante de una concurrencia.

—¿Tiene usted miedo, Blanca?—dijo Clotilde.

—Es que el *Ave-María* de Gounod es una pieza de

mucha importancia, y echamos sobre nosotros una gran responsabilidad.

—¡Bah! Por cada uno de los concurrentes que pueda apreciar el mérito de una bella frase musical, tendremos cien ignorantes que aplaudirán por rutina, ó se dormirán por costumbre.

—Queda pues resuelto que mañana á estas horas daremos el último ensayo, y el sábado por la noche tocaremos el terceto en la embajada inglesa, haciendo mi amiga Blanca su entrada en el gran mundo.

Y como la hermana de Julio de Monforte inclinase la frente ruborizada, Clotilde volvió á decir:

—¿Qué es eso? ¿No está usted conforme con mi plan?

—Soy demasiado pobre para presentarme en los salones del embajador de Inglaterra,—contestó Blanca.

—Dice bien Blanca,—añadió la marquesa.

—Pues si ella no viene, adios el terceto,—repuso Clotilde.

—¡Cómo! ¿qué es eso?... pues no faltaba otra cosa,—dijo á la vez el duque dirigiendo una mirada á Blanca en que podia sentirse el interés y las simpatías que aquella jóven le inspiraba.

La marquesa hizo una seña de inteligencia á Clotilde, y ésta cambió de conversacion, diciendo:

—En fin, mañana en el ensayo decidiremos lo que ha de hacerse, y puesto que hoy va á pasar Blanca el dia conmigo, ya procuraré yo convencerla. Ahora el señor duque nos permitirá que continuemos nosotras dos repasando algunos puntos difíciles.

—Pueden ustedes estudiar todo cuanto quieran; yo, con el permiso de ustedes, me retiro, pues tengo que ver un violin que se vende; es un Antonio Amati, verdadera joya que pienso adquirir, aunque para ello me vea en el caso de vender mis títulos de nobleza.

. . . . . .

. . . . . .

Media hora despues, Clotilde y Blanca se hallaban solas sentadas en un divan, con las manos cariñosamente cogidas.

Aquellas dos hermosas y juveniles cabezas llenas de vida y de candor, parecian dos rosas que, inclinándose la una hácia la otra, se envian el perfume de su cáliz virginal.

Clotilde, con motivo del ensayo, habia convidado á almorzar á Blanca, de modo que iban á pasar el dia juntas, pues hasta por la noche no iria Julio á buscar á su hermana.

Á los diez y ocho años, la amistad y la confianza se establecen pronto: una mirada que da y toma, por decirlo así, la simpatía, lo hace todo.

Para que Clotilde y Blanca fueran buenas amigas, para que se amaran y comprendieran, habia una razon poderosa, y era que ambas tenian un verdadero entusiasmo por la música.

Colocad juntos á dos corazones verdaderamente filarmónicos y desde el primer instante que se comprendan brotará entre ellos el misterioso flúido de las simpatías.

Cuando dos ángeles de la tierra se encuentran, preciso es que nazca entre ellos el purísimo perfume de la amistad.

—Vamos, Blanca,—le dijo Clotilde,—no quiero que ponga usted mas dificultades en la cuestion del baile del sábado. Somos buenas amigas: bien podria decirse que la pasion que ambas tenemos por la música nos hace hermanas, y me veria en el caso de creer que es usted orgullosa si rechazara mis proposiciones.

—¡Yo orgullosa!—contestó la hermana de Julio como si el concepto en que parecia tenerla su amiga le causara gran asombro.

—¿Qué otra aplicacion podria darse á su negativa? Dice usted que no tiene traje á propósito para ir al baile, y cuando yo le ofrezco uno, no quiere aceptarlo, y eso me disgusta sobremanera.

—¡Ah, señorita Clotilde! son tantas las mercedes que de usted hemos recibido, que en verdad no sé cómo demostrarle mi agradecimiento.

—Viniendo conmigo al baile, consintiendo que mi modista le arregle á usted un traje, que será á mi gusto y que estará usted encantadora con él, quiero que reciba usted la ovacion que por su talento musical se merece, y además, es preciso complacer á nuestro amigo el duque de San Plácido.

Blanca miró á Clotilde y ésta se sonrió.

—Sí, quiero complacerle, porque me ha dicho: «Procure usted que Blanca venga al baile, porque nadie, que yo sepa, toca con mas sentimiento que ella la parte que

en el terceto se le ha encomendado.» Y á propósito del duque, ¿sabe usted que creo que cuando ensayamos la dirige á usted algunas miradas que se prolongan demasiado?

El rubor coloreó las mejillas de Blanca, y Clotilde soltó una carcajada propia de su carácter atrevido y jovial.

—El duque de San Plácido es uno de los hombres mas simpáticos que conozco. Vale mucho mas que todos esos jóvenes superficiales que solo se ocupan en ponerse la corbata; y voy á ser franca, porque entre nosotros debe reinar la mayor franqueza, me gustaria que Hector se enamorara de usted.

Hector era el nombre de pila del duque de San Plácido.

—Eso seria una locura,—murmuró Blanca en voz baja.

—¿Y por qué?

—Toma, porque yo soy una pobre muchacha, y el duque...

—¡Bah! el duque se podria dar por muy contento con ser el esposo de Blanca de Monforte. ¿Cree usted que Hector, el dia que se le ocurra casarse, buscará una mujer rica y noble? Nada de eso: buscará una mujer que le guste y que le corresponda. Sobre todo, que sea entusiasta por la música.

La conversacion de las dos jóvenes se prolongó por espacio de una hora, pero como á cada momento cambiaba de tema, nos daria un resultado incoherente si la siguiéramos.

Como el dia estaba hermoso y hacia una tarde verdaderamente primaveral, Clotilde pidió permiso á su madre para dar un paseo en carretela por la Castellana con su amiga Blanca.

La marquesa no quiso salir, y se encargó doña Mercedes de acompañarlas.

La Castellana, ese hermoso paseo donde se reunen en las tardes apacibles la aristocracia de la sangre y el dinero, no deja de tener encantos para los mortales que pasean á pié y que carecen de coche tal vez por una cuestion puramente económica.

Una carretela descubierta, no es otra cosa que un escaparate que se pasea. Todo el mundo puede fijar en él los ojos y admirar, envidiar ó desear á los séres que se sientan en sus mullidos almohadones.

En esos pequeños pueblos donde no hay coches, ni se conoce el refinamiento de la moda y la ostentacion de las grandes fortunas, no se comprende que en Madrid se maleen tantas conciencias y se vendan tantas voluntades.

Lo que no se conoce ni se ve no puede desearse, porque á buen seguro que á un español no se le hubiera ocurrido desear un buen tabaco habano antes de que Sancho Mundo, el primer fumador europeo, se presentase entre sus contemporáneos con un cigarro puro en la boca; ni al que escribe estas líneas se le ha pasado por las mientes jamás, muchas cosas que indudablemente tendrá el celeste emperador de la China en su despacho.

Pero el pobre de levita, que tiene una imaginacion

bastante elevada para distinguir la distancia que media de tener á no tener, no es estraño que desee poseer un buen coche y un caballo de silla con la fortuna que se necesita para mantenerlos, aunque para conseguir estos privilegios del rico, violente un poco la pureza de su alma y la rectitud de sus intenciones.

Por eso sin duda de vez en cuando oimos decir que una pollita encantadora, uno de esos hermosos pimpollos de diez y nueve años que llevan en sus ojos la pasion del amor, en sus labios la sonrisa de la primavera y en sus mejillas el carmin de la rosa, se ha casado con un viejo asqueroso de sesenta años, tan falto de dientes y de pasion como repleto de oro; ó vice-versa, que un elegante jóven de veinticuatro primaveras se ha unido con una vieja verde, especie de tarasca ataviada con los colores del arco-iris, pintada y revocada como fachada nueva y muy capaz de quitar el deseo á un salvaje morador de las orillas del lago *Achiat*.

Tambien suele suceder que el deseo de adquirir lo que no se tiene, malea con frecuencia á los hombres políticos y entonces los periódicos se encargan de contener el salto repentino de ideas de tal ó cual celebridad del Congreso ó de la prensa, que de republicano rojo se pasa á las filas de los moderados de la cáscara amarga, que es como si dijéramos medio punto menos que absolutistas.

¡Pero es tan triste la miseria! ¡Es tan hermosa la opulencia! Y sin embargo, solo una línea separa á la sociedad que rie, de la sociedad que llora.

Clotilde y Blanca, muellemente reclinadas en los al-

mohadones de la carretela, mantenian una de esas conversaciones tan peculiares á las jóvenes de su edad y que tienen muchos puntos de contacto con esos campos floridos y perfumados con que engalana la tierra á la hermosa primavera.

De repente esta conversacion se interrumpió, y Clotilde fijó la mirada en otra carretela que pasaba junto á la suya y en la que iban un caballero anciano y un jóven que apenas contaria veinte años de edad.

Aquel jóven le recordaba sin duda una de esas fisonomías conocidas, y que se busca en la imaginacion dónde se vieron por primera vez.

Clotilde vió con asombro que el jóven se quitaba el sombrero para saludar á Blanca y ésta le devolvia el saludo con un movimiento gracioso de mano, que por lo franco y espontáneo demostraba la íntima confianza que les unia.

El anciano saludó tambien á Clotilde grave y respetuosamente.

—¿Conoce usted á ese jóven?—preguntó la hija del general Lostan á su amiga.

—¡Oh! sí, es un íntimo amigo de mi hermano; han estudiado juntos.

—Yo creo que le he visto en alguna parte.

—Indudablemente, porque él al menos me ha hablado de usted.

—¿De mí?

—Sí, de usted, de la hija del general Lostan. Y en verdad que habló con un entusiasmo...

—Pues no recuerdo.

—Dice que traia una carta de recomendacion para el general y que en un momento por cierto bastante desagradable se presentó usted.

—¡Ah! sí, sí, ahora recuerdo.

—El pobre muchacho no se esplica el recibimiento que tuvo del padre de usted. Nosotros hemos procurado persuadirle de que es indudable que el general se hallaria en uno de esos momentos de mal humor, que los hombres de carácter fuerte no pueden reprimir.

—Pero ¿cómo aquel jóven modesto que se presentó ayer en mi casa buscando la proteccion de mi padre, le veo hoy elegantemente vestido y en la carretela del conde de la Fé?

—¡Ah, querida Clotilde! esa es una historia, y casi podria tenerse por inverosímil si no supiéramos que es verdadera.

—Á ver: esplíqueme usted eso, querida Blanca, pues la trasformacion de ese jóven me parece maravillosa.

—Y sin embargo, es muy sencilla. Daniel llegó á Madrid con dos cartas de recomendacion: una para su padre de usted, que no tuvo resultado satisfactorio, y otra para el señor conde de la Fé, que ha debido causar al viejo aristócrata un efecto maravilloso, pues ha recibido al huérfano con paternal cariño, y nombrándose su protector, le ha abierto de par en par las puertas de su casa.

—¿Sabe usted, Blanca, que me parece muy estraño todo lo que me está contando?

—Y sin embargo, es la pura verdad. Daniel vino anoche á vernos á casa y nos ha contado el recibimiento que le habia hecho el conde de la Fé.

—¿Se llama Daniel ese jóven?

—Sí, ese es su nombre.

—¿Y quién le recomendaba al conde de la Fé?

—Su madre.

—¿Que ha muerto, si no oí mal?

—Sí.

—De modo que ese jóven, ¿es huérfano?

—Su madre al morir solo le dejó en herencia una modesta casa en un pueblo, y dos cartas de recomendacion. Una de ellas, la que iba dirigida al conde de la Fé, ha sido para él una verdadera fortuna.

—¿Pero no conocian ustedes á la madre de ese jóven?

—He oido decir á mi hermano, que en el nacimiento de Daniel hay una historia secreta que él no ha podido descifrar nunca.

—No deja de ser estraña la generosidad del conde de la Fé,—añadió Clotilde vivamente interesada.—Y algunas relaciones debian mediar entre la madre del huérfano y su protector cuando le ha recibido de un modo tan generoso.

—Eso mismo hemos sospechado todos en casa. Daniel nos contó anoche cosas que parecen verdaderamente increibles; dijo que tan pronto como el conde leyó la carta de su madre, le tendió una mano, y apretándosela con verdadero cariño, añadió:—«Yo no tengo hijos y voy á ser desde este momento el padre de usted: vivirá

usted en mi casa, tendrá á su disposicion un carruaje y un caballo de silla, y le entregará mi apoderado todos los meses una pension de cuatro mil reales para sus gastos de soltero.

—Y en verdad que si eso es cierto, no se puede hacer mas por un hijo,—repuso Clotilde algo preocupada.

Y luego, cambiando de tono, añadió:

—¿Pero no ha dicho ese jóven nada de mi padre?

—Nada, si se esceptúa el contarnos que el general no solo le recibió de un modo bastante frio, sino que al pedirle la carta de recomendacion que para él le habia entregado su madre, en vez de devolvérsela, la arrojó á la chimenea, defendiendo aquella llama que la consumia de los deseos vehementes que el jóven demostraba de recuperarla.

La carretela del conde de la Fé volvió á pasar en direccion opuesta de la de Clotilde, y Daniel saludó segunda vez á Blanca.

Pero dejando la carretela de la hija del general Lostan, nos trasladaremos con la imaginacion á la del conde de la Fé.

Don Fernando, cuando pasó por primera vez junto á la carretela de Clotilde, despues de saludar á la encantadora jóven, dijo á su ahijado:

—Difícilmente habrá en Madrid una muchacha mas encantadora que Clotilde. ¡Oh! si yo tuviera veinte años, procuraria que esa mujer me amase.

Y sonriéndose maliciosamente, añadió:

—La conquista de una de esas preciosidades de la

naturaleza honra siempre al hombre que la consigue.

Y como Daniel guardase silencio, preocupado sin duda en la misma mujer que enaltecia su protector, el conde volvió á decir:

—¿Conoces, segun parece, á la jóven que acompaña á la hija del general?

—Sí, es la hermana de un íntimo amigo mio.

—Lástima que esa muchacha esté tan delgada, si engrosara un poco, seria encantadora. Sin embargo, preciso es convenir que Clotilde vale mucho mas que la hermana de tu amigo.

Y el conde, empleando una entonacion mas familiar, añadió:

—He oido decir que Clotilde es una de esas jóvenes que reunen todos los dones que el hombre busca afanoso en la tierra, á saber: hermosura, candidez, talento, buena educacion, un corazon de oro, una alma bella como sus ojos y un gran dote. ¡Qué diablos! Cuando se encuentra una muchacha de esas condiciones, de esas prendas, los jóvenes deben hacerle el amor; yo, en tu lugar, sitiaria esta plaza.

—¿Y si Clotilde no me amase?—contestó con ingenuidad Daniel.

—Hijo mio, ese es un problema que aun no has resuelto; pero te prevengo que la cobardía en las empresas amorosas tiene mucho de ridículo. Además, ¿por qué no ha de amarte? ¿Eres tú un hombre despreciable? ¿No te llamo mi hijo? ¿No soy tan rico como el general Lostan? Si la muchacha te gusta, revístete de valor y confía

en mí, porque has de saber, querido Daniel, que en este mundo lo primero es asegurar el porvenir. Si la marquesita del Radio llega á amarte, podrás reirte de esa sociedad estúpida que solo aprecia y distingue á los hombres por el dinero que encierran en su gaveta.

Y como el conde observase que el huérfano guardaba silencio, creyó prudente no interrumpir sus meditaciones y se puso á tararear en voz baja una pieza musical.

CAPÍTULO IV.

Donde el conde de la Fé sigue preparando el terreno.

Trascurrieron quince dias.

La educacion de Daniel se perfeccionaba con admirable rapidez. El conde de la Fé estaba contento de su discípulo y solia decirse:

—Creo que por fin mi ahijado será un hombre de provecho, solo me disgusta que sea tan económico; pero ese es un *vicio* del que me prometo corregirle.

Y efectivamente Daniel, que hacia grandes progresos en la esgrima, que montaba á caballo con la soltura de Alejandro, que aprendia los modales distinguidos como si toda su vida hubiese estado acostumbrado á ellos, era sumamente económico, ó por mejor decir, no gastaba un real de la asignacion que le daba su protector.

Bien es verdad que Daniel se pasaba todas las mañanas estudiando ó recibiendo lecciones de los maestros de armas, y no tenia mas amigos de su edad que Julio de Monforte, que iba con él á tomar café todos los dias.

Á las tres pedia el caballo, se dirigia á la Castellana, porque en este paseo solia ver á Clotilde.

Cuando regresaba, comia con el conde de la Fé; si era noche de ópera, iba á ocupar su butaca, sino, visitaba á la familia de su amigo, ocupaciones que no le costaban dinero, puesto que el abono corria por cuenta del conde. De modo que si se esceptúan quinientos reales que remitia todos los meses al pueblo para sus viejos criados Tomás y Mónica, puede decirse que ahorraba el resto de la pension.

—Siguiendo así,—solia decir el conde,—mi ahijado será rico.

Bien es verdad que el conde, en sus mocedades, tuvo, como suele decirse, la mano rota y gastó alegremente su dinero con sus amigos y sus queridas.

Todas las mañanas el conde se enteraba por él mismo de los adelantos de su discípulo, y tiraba con él una hora las armas antes de almorzar.

Al ver los progresos del huérfano, se decia para sí mismo:

—Siguiendo de este modo, antes de mucho podrá batirse con el general Lostan.

Don Fernando comprendia que un jóven que ha vivido hasta los veinte años en una aldea al lado de una buena madre, era indispensable que albergase dentro de su sér una alma noble, generosa y pura.

Para pervertir esta alma, para arrancar la fé y el entusiasmo de un corazon puro y colocar en su sitio el escepticismo, era preciso que Daniel sufriese un golpe

rudo de esos que llenan el pecho de profunda amargura. Por eso, sin duda, una mañana que el señor Castro entró en la alcoba del conde, se entabló entre los dos el siguiente diálogo:

—Señor Castro, hace mas de quince dias que se abrieron las puertas de mi casa para recibir en ella á mi ahijado Daniel. Durante este tiempo el jóven ha aprendido un poco de esgrima, otro poco de equitacion y á ponerse con mas soltura la corbata; pero su alma continúa vírgen, sus sentimientos puros, y esto no es de mi agrado.

—No se ganó Zamora en una hora,—contestó sonriendo el señor Castro.

—Es que temo no lograr todo lo que deseo.

—¡Bah! para que un jóven entre en el camino de la perdicion, basta un segundo.

—Pues bien, amigo Castro; yo necesito que Daniel tropiece con ese segundo.

—El señor conde sabe muy bien que pueden abrirse los ojos de la inocencia á un jóven de dos modos: ó buscándole una mujer, ó proporcionándole un amigo.

—En cuanto á lo primero, es decir, la mujer, me parece bastante difícil, porque, ó mucho me engaño, ó Daniel está verdaderamente enamorado de Clotilde, amor que me satisface, porque puede ser para mí de grandes resultados.

—Y usted cree que, hallándose preocupada el alma de Daniel con el amor que le inspira Clotilde, no tendrá ni ojos ni pasion para otra mujer.

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS

FÁBULAS DE ESOPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, ALBO CELLO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico

sobre la fábula, y de noticias bibliográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 pliegos en folio, perfectamente impresos y glasseados, ó bien de una lámina litrada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan recomendable obra, el precio de cada entrega será solo el de UN REAL en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres,

POR EL AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

A UN CUARTILLO de real la entrega.

Imp. de Ramirez y C.ª

PUBLICACION NOTABLE EN PRENSA.

LAS

FÁBULAS DE ESOPO,

TRADUCIDAS DIRECTAMENTE DEL GRIEGO

Y DE LAS

VERSIONES LATINAS DE FEDRO, AVIANO, AULO GELLIO, ETC.,

precedidas de un ensayo histórico-crítico
sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados Autores,

POR EDUARDO DE MIER.

BASES DE LA PUBLICACION.

Las Fábulas de Esopo, formarán un tomo de regulares dimensiones, compuesto de unas 60 entregas, repartiéndose gratis todas las que escedan de este número.

Cada entrega constará de 8 páginas en fóleo, perfectamente impresas y glaseadas, ó bien de una lámina tirada aparte.

Para que nuestro libro reuna las condiciones de una verdadera publicacion ilustrada, contendrá un considerable número de viñetas, representando los principales pasajes de las fábulas mas conocidas.

A fin de popularizar tan magnífica obra, el precio de cada entrega será solo el de **UN REAL** en toda España.

OBRA EN PUBLICACION.

LA CARCAJADA.

(HISTORIA DE UN BUEN HIJO.)

Novela de costumbres.

SU AUTOR,

ERNESTO GARCIA LADEVESE.

Magnífica ilustracion de láminas tiradas aparte, dibujadas por el acreditado artista

D. EUSEBIO PLANAS.

Á UN CUARTILLO de real la entrega,

Imp. de Ramirez y C.ª